

López Velarde

Por Rafael López

Ramón López Velarde: está franca la puerta
para tu audacia lírica. Entra y siéntate. Un
bello sitial de púrpura deseara. En liza abierta
has burlado al solemne dios, el lugar común.

La Academia está insomne; pues cual un maleficio
la enloquece, a sus años, tu embrujado café.
Tu adjetivo tendría, si hubiera Santo Oficio,
coroza y vela verde en un auto de fe.

Imagino tu sensualidad de católico
en las misas del Arte. Sutilmente diabólico
distraes a los fieles con tu ambigua actitud.

Diácono que con manos perfumadas de sándalo
en tu cáliz elevas hostias rojas, escándalo
de Sancho, que comulga lívido de inquietud.

Colofón

Queda aquí, para siempre detenida
por un polvo de sombra, la preclara
mano que estos minutos señalara
en el reloj del tiempo de la vida.

Minutos donde el ruseñor de Alfeo
de la flor del silencio viola el broche,
mientras el vuelo aloja un centelleo
en las pupilas ciegas de la noche.

Hay el minuto azul de la belleza,
el que viste el sayal de la tristeza,
el minuto carnal surto en la mano
solemne del amor trágico y fuerte.
Y yo agrego el minuto del espanto,
que fue un siglo en la alcoba de la muerte. ♦



Flor Silvestre

EN LA TUMBA DE
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Juan E. Coto

La Esfinge ha pronunciado una palabra extraña.
Han temblado las rosas. . . Isis rasgó su velo. . .
Y yo que he comprendido la paz de la Montaña,
Lloré, cuando la alondra tendió al Amor su vuelo.

Azul es la mañana de la Muerte en victoria
y es símbolo la frágil carrera de la brisa. . .
De un gran vigor tronchado surge un afán de gloria,
porque la Vida tiene, allá. . . a lo lejos: ¡Risa! ♦

México, 22 de junio de 1921.

Poema en dos imágenes

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Carlos Pellicer

No es para contarse,
pero el poeta, que murió joven y soltero,
vestía siempre de negro
cual si llevara luto por sí mismo.
Esta es una opinión de tranvía
por eso hasta hoy la pongo por escrito.
Dicen que era fuerte y hermoso.
La muerte taladró su juventud
pero lo que se llevó fue muy poco.
Él quedó acá en el uso de la palabra
y con el corazón en la mano.

Un corazón de amatista
húmedo de diamantes y rubíes.
Como los mayas, no conoció el oro
y esperó siempre en jades, inútilmente,
la llegada de la alegría.
Fue un joven al servicio de una ventana
en un atardecer
que nunca pasó a más.
Dicen que era moreno y en sus labios indígenas
el pueblo sonreía con tristeza.
Lo que movió en su sangre
fue más humano que divino.
Pero un ángel le cuidaba las manos
para que no arrancara más rosas que las que le cabían.

Este habitante de jardines descuidados
y de casas sin dueño,
vio que las nubes entraban a sus ojos
y se quejó públicamente en la intimidad más desierta.

¿Por qué, Dios mío, la mujer que tanto quiso,
huyó hacia ti, dejándole desnudo
en su nueva soledad?
Era la dama de los guantes negros.
Un lirio lleno de rocío
al pie de un cielo tan azul que nada
fue tan azul como ella.
Dicen que en lo que un día fue cementerio
se encontraban los dos al medio día.
Donde la muerte se pudrió,
ellos plantaron luces como estrellas de día.
Dicen que ella florecía
como el día, a todas horas.
En ese parque, cuántas cosas,
se dijeron los dos, eternamente.

No sé, pero con nadie
puedo hablar tan a solas
como con las palabras deste poeta.
Las encuentro sentadas en la sala
rodeadas de familia en las paredes.
Los domingos, al regresar de misa,
una flor se acomoda en cada una.
La guirnalda silvestre
para el retrato de los guantes negros.
¿Ella es la Virgen de la Soledad?
Pero si me han contado que ella se fue con otro
y ese otro era el Señor Crucificado
y que ese fue el amor que tuvo siempre,
pero quiso al poeta
con quien hablaba muchas horas por teléfono
sin que nadie lo supiera.
Me dicen las palabras,
del agua natural y misteriosa
de aquella dama de los guantes negros.
Me dicen las palabras tantas cosas,
que a veces no entiendo.
Estoy escribiendo y las palabras
se me quedan mirando,
como si me preguntaran
que por qué las escribo,
que por qué no las invento.
Sí, porque para cada cosa
y para cada quien existe un nombre.
Cuánto, cuánto me falta por saber,
yo, que he viajado tanto y oigo que dicen
que los viajes ilustran. . .
Con las palabras de López Velarde
me convenzo
que la noche está siempre junto al día.
Las palabras, saben mi nombre;
yo no sé el de ellas.
Decimos que el teléfono está descompuesto.
Es que no hay comunicación.
Todo está tan lejos.
O gritamos: ¡no oigo!
Pero, ¿es que hablamos con alguien?

¿Quién habla en tu poesía,
por tu devota sangre que zozobra al son del corazón?
¿Hablas tú, solamente?
Hablamos muchos por tu voz y somos
el minuterero de un reló cumplido.
Estoy recordando que me contaron
que la que te dejó por Él que vive siempre,
por el Resucitado, el Eterno,
dejó flor en la tumba de Fuensanta.
Siempre la dama de los guantes negros.
¡Cuánta vida en el sol del cementerio!
Sí, somos las palabras
sin saberlas decir.
Cuánto cielo terrestre necesito
para entenderme contigo
sobre los asuntos que más nos hieren
y que son los que más necesitamos.
Cierro el libro y zozobro unos instantes,
lo necesario para naufragar
y también para salvarse.

Con la ropa desgarrada,
el viento ha hecho de mí muchas banderas
que coronan la torre
que espera el rayo a entenderlo todo.
Toda tu poesía,
tiembla en mi ser: el campo, la lluvia;
el trueno
que parte en dos la tempestad nacida
lógicamente del amor; el viento
que de la oscuridad sale en el día.
Qué ganas de decirte: ven a cenar conmigo;
también hablaremos de política. Qué ganas de contarte
lo que me ha sucedido.
Sí, de todos modos conversaremos
porque hay algo tan hondo que nos liga. . .
. . . es esa dama de los guantes negros.

La segunda

La Patria que en el agua de tus ojos
se desnudó, no tiene sino esa misma imagen.
Entrañas opulentas que el extranjero
saqueó durante cuatro siglos.
Las dos costas desnudan su belleza
y la alegría tropical y el aire
que libera sentidos y razones
dan al sexo jaguares, girasoles.
Plataformas centrales
construidas a la altura de las águilas
ponen fuego a la luz y el cielo crece.

El hombre-campo guarda un dejo de pirámide
aun cuando su pobreza
arrincona inconsciente una sonrisa.
Las lenguas poesía milenaria
dicen lo necesario, sobreviven.

La Patria necesita hombres más hombres
que le hagan ver la tarde sin tristeza.
Hay tanto y lo que hay es para pocos.
Se olvida que la Patria es para todos.
Si el genio y la belleza entre nosotros
fue tanto y natural,
que el recuerdo del hombre de otros días
nos comprometa para ser mejores.
La patria debe ser nuestra alegría
y no nuestra vergüenza por culpa de nosotros.
Es difícil ser buenos.
Hay que ser héroes de nosotros mismos.

Conversamos, Ramón, a piedra y lodo.
Es el barco que habla por lo que fue en la mano
de quien nos hizo enteros.
Víspera de tu ausencia
te fuimos a llevar una magnolia
a tu cuarto de agonía,
mis amigos y yo.
Hoy hace cincuenta años
que eres más joven,
Flor y canto en los labios deste día,
en los labios de México,
en todo el corazón de nuestros labios. ♦

Lomas de Chapultepec, Pascua de Resurrección de 1971

La campana

Por Salvador Novo

A Ramón López Velarde

La torre de vetustos azulejos
que es piadoso refugio de palomas,
conserva su campana. Allá a lo lejos
ondulan las espigas y las pomas.

Bronce enmohecido que en precoz anhelo
celebraba la vida en largas notas
y cuyo corazón enviaba al cielo
brillos de sol en páginas remotas.

Absurdo el llanto y justa la sonrisa,
aunaste luego heterogéneas preces,
y tras siglos y siglos hoy sumisa
escuchas y comprendes y enmudeces.

¡Vieja campana que a sentir congrega
la inefable virtud de haber vivido!
¡Que de mirar al Sol quedóse ciega
y de escuchar al viento ha enmudecido! ♦

Conversación con el mar

PARA EL ESPÍRITU DEL POETA
MEXICANO RAMÓN LÓPEZ
VELARDE

Por Elías Nandino

Fragmento

I

¿Cuántas gotas de llanto se han reunido
para darte apariencia de infinito?

¿Cuánta amargura del dolor humano
fue necesaria para hacerte amargo?

¿Cuánta luz de esperanza se ha mezclado
para encender el verde que aprisionas?

¿Cuántos sueños en ti se han desteñido
para volver azul tu lejanía?

¿Cuánta ilusión deshecha se ha fundido
en el líquido abismo de tu entraña
para formar tu eterno movimiento?

¿Cuánta angustia ha podido sepultarse
en la malla invisible de tus siglos
para engendrar tus negras tempestades?

IX

Comprendo tu ternura y tus espasmos,
la sombra gris de tu vejez eterna,
tu piel de infancia, tu lascivia oculta,
y el peso del dolor en tus entrañas.

Comprendo los tatuajes que las nubes
olvidan en tu cielo subcutáneo,
la continua mudanza de tu rostro,
y la amarga neurosis de tus aguas.

Yo también, como tú, sufro los cambios
que el semblante celeste me derrama.
Del cóncavo misterio del espacio

la influencia de los astros nos arropa,
y, pasión o tristeza, angustia o muerte:
son leyes de su ritmo que nos rigen. ♦

